

LA PALABRA Y EL HOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

María de los Ángeles Escobar

“Mamá, mejor lee a Montaigne”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 18-20.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Mamá, mejor lee a Montaigne

María de los Ángeles Escobar

Hay libros que solo podemos entender a cierta edad, cuando hemos experimentado lo suficiente para leer una parte de nuestras vidas en sus páginas. Stefan Zweig tuvo que probar el terror de una guerra para encontrar cobijo en los *Ensayos* de Michel de Montaigne. Mi mamá y yo no estuvimos en el terror del Holocausto, pero sí vimos cómo nuestro propio mundo se cayó a pedazos, bomba tras bomba.

Los *Ensayos* fueron un regalo de mi papá. Sin tener en cuenta nuestros gustos (y que éramos niños), nos pareció un mamotreto de lo más aburrido. Yo no entendía sus ejemplos antiquísimos con personajes de nombres impronunciables. Era un libro que jamás sacaríamos de la casa, tan poco práctico para ser cuento de buenas noches o una lectura vacacional. Montaigne adornó por varios años el librero de la casa.

Cuando entré a la universidad supe quién era el dichoso autor. Lo vimos como el creador del género ensayístico, un completo revolucionario del pensamiento individual (pues comenzó a escribir desde el yo como nadie lo había hecho). Pero no me importó, el tiempo no había pasado para mí. Aún

lo sentía como un aristócrata que se dedicaba a comer y platicar con sus amistades. Fue hasta que explotó la primera bomba en nuestra casa que cambié de opinión.

De entre el escombro de los muros caídos saqué este libro y por más de una noche estuve leyendo sus páginas. En “La tristeza”, Montaigne dijo que las lágrimas eran el consuelo de las almas desesperadas, arrebatas por la violencia. Ahí cuenta cómo el príncipe de Egipto Psaménito fue capturado, junto con toda su familia, por el rey de Persia Cambises. Psaménito, a pesar de los sufrimientos –vio “ante él a su hija prisionera” y a su hijo morir–, se mantuvo firme. Sin embargo, cuando advirtió encarcelado a un amigo suyo “empezó a golpearse la cabeza y a dar signos de un dolor extremo”.

Mi mamá se parecía mucho al príncipe Psaménito: no lloraba. Incluso, cuando escuchó el estallido de la primera bomba, permaneció tranquila.

Curae leues loquuntur, ingentes stupent [Las cuitas leves hablan, las grandes son mudas].

Solo en una ocasión, el retrato de la sala apareció con el cristal roto y la foto partida a la mitad. Ella, por un lado; él, por otro. Después de su separación, mis hermanos y yo intentamos se-

guir con nuestras rutinas, evadiendo en cada paso los estragos de la guerra. Pero las cosas, poco a poco, dejaron de funcionar. El carro se averió, junto con el lavabo de la cocina y el baño; el jardín se enmascaró porque ya nadie lo limpiaba, y, además, un cuarto en la casa se desocupó.

Con el tiempo lo intentamos componer, levantamos otros muros. Mi hermana aprendió plomería, mi hermano, mecánica, y yo arreglé las flores y pasé todas mis pertenencias al cuarto vacío. Aunque nos parecía ir bien, nuestros cimientos estaban quebrados y al menor golpe colapsaron, mi mamá junto con ellos.

Un día, sin motivo aparente, entró en estado de violencia inmensurable. Su cuerpo, de pronto, se puso frío y rígido. Sus manos se entrelazaron y la boca se le secó. No sabíamos qué hacer. Mi hermana, en su momento más lúcido, llamó a una ambulancia y, como todo servicio que se solicita de emergencia en México, tardó casi una hora en llegar.

Los paramédicos comentan que las crisis de ansiedad son bastante comunes. Según las cifras, alrededor de 14 a 18% de la población mexicana sufre algún tipo de trastorno nervioso, incluso los infantiles y adolescentes. Por lo general, las personas que están en situación de estrés constante son las que presentan sintomatología. Esta puede ir desde un nudo en la garganta, dolores de estómago, hasta desmayos, parálisis físicas y la muerte.

En la medicina clásica, mucho antes de Montaigne, ya se escribía sobre estos cuadros de malestar. No se les llamaba angustia o ansiedad; más bien se enlistaban los síntomas y bien

podrían ser catalogados como melancolía o locura, como escribe Hipócrates en sus *Aforismos y sentencias*: “En el [día] tercero [algún paciente x] estuvo muy caído, tuvo sed, congoja en el estómago, mucha inquietud y aflicción con angustias, deliró”.

Las mujeres eran, según la medicina clásica, más propensas a padecer estas enfermedades. Su carácter frío y húmedo, a diferencia de los hombres calientes y secos, provocaba el desplazamiento del útero que necesitaba altas temperaturas. Este podía irse al estómago, la garganta, el pecho y provocar pasmo, falta de aire o movimiento de espíritus. El enfriamiento del cuerpo femenino se daba supuestamente por: “la demasiada purgación de la regla”, la “retención de la semilla”, es decir, la abstinencia del sexo (pues antes creían que, al igual que los hombres, las mujeres si no expulsaban su líquido seminal tendrían males físicos); y el mal de madre (la ahora llamada amenorrea).

Todas las damas estaban expuestas, pero el sector más vulnerable eran las viudas, las solteronas o, en tiempos de la Nueva España, las mestizas. Entre los remedios estaba tomar vino, para dar brío al alma; sangrarse, en caso de tener un humor atorado en las venas; o hacer terapia olfativa. Por lo general eran sustancias apestosas, excremento de animal, cuernos o pieles quemadas. Como a nadie le gustaba este olor (ni al útero), según los médicos este órgano, escapando de la peste, se acomodaba en el bajo vientre y dejaba en paz los nervios o pechos de las damas.

Fue hasta finales del siglo XVI e inicios del XVII que recurrieron a otras terapias, el chocolate, por ejemplo. El cacao era caliente y compensaba esa parte fría de los cuerpos feme-



Valentina

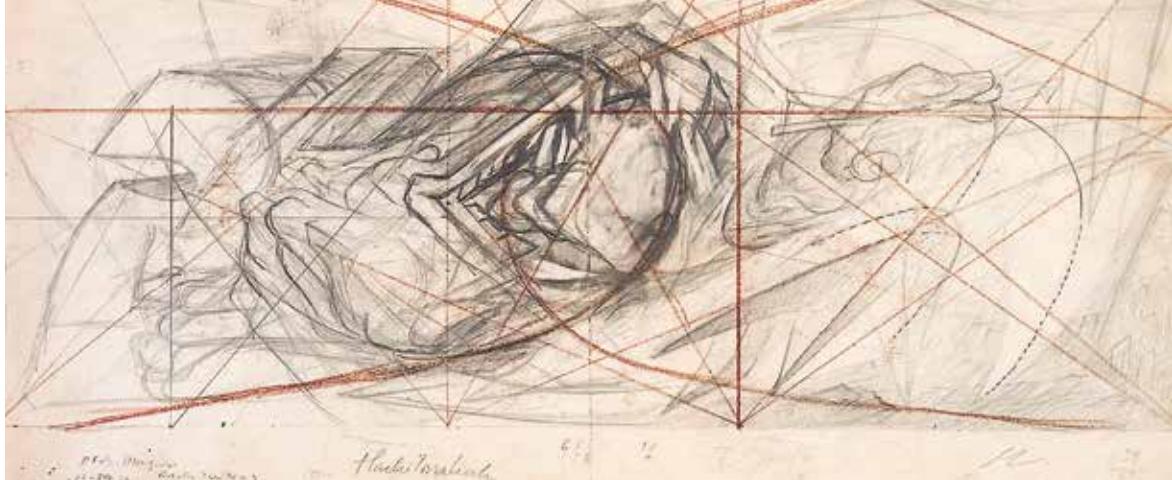
ninos. En Europa y los virreinatos se consumía de manera habitual, y aunque no fuera una cura definitiva confortaba el corazón, tanto de hombres como de mujeres.

Durante el siglo XIX, en cada novela había un personaje romántico con algún trastorno de angustia o ansiedad que lo podía llevar a la locura o a la muerte. La Manuela del Zarco que, al ver casado a Nicolás con la odiosa de Pilar (su gran enemiga), se volvió loca y desfallecía, no solo una, sino varias veces según nos cuenta Manuel Altamirano. Otro ejemplo, el unitario del Matadero de Esteban Echeverría, que reventó su cuerpo antes que ceder a sus ideales.

El psicoanálisis de Sigmund Freud les puso nombre a las en-

fermedades mentales que por cientos de años ya se intentaba entender. La solución, o al menos el tratamiento médico, ya no estaba afuera, sino adentro, en las palabras que los pacientes no habían dicho. Y su “cura” correspondía a su capacidad (también del psicólogo) de hacer conscientes las cosas inconscientes. Ya sea locura, mal de madre, histeria (tenga el nombre que tenga), ni mis hermanos ni yo queríamos ver a mi mamá otra vez como el príncipe Psaménito o Manuela, y menos aplicando la solución del unitario (acabando con su vida).

¿Qué podíamos hacer? ¿Darle chocolate? ¿Ponerla a hablar? ¿Cómo se puede ir contra la corriente, contra una educación de siglos? Mi abuela y la



Anteproyecto del mural *El Hombre y el Conocimiento* y Proyecto del mural *El Hombre y el Conocimiento*

madre de ella –y así sucesivamente–, fueron educadas bajo la idea del “ángel del hogar”. Eran las esposas perfectas, frías y húmedas, sacrificadas por sus familias: *they were intensely sympathetic, charming, utterly unsel-fish. They were excellent in the difficult arts of family life. They sacrificed themselves daily. If there was chicken, they took the leg.*



Después de una guerra no se puede levantar una ciudad con los mismos cimientos, hay que usar

otros. Mi mamá, por alguna razón ya sea inconsciente o consciente, comenzó a sentarse primero a la mesa, tomar chocolate y comer las raciones más grandes. Con las manos y sin pena a que la vieran como una desconsiderada. Comenzó a llorar cuando su alma estaba agitada. Ya no tenía que ser, junto con mi papá, el pilar de la casa. Quizás, el método que empleó para expresar todo su dolor le dio la salud.

A ella por fin le llegó la edad para leer los *Ensayos*, y a mí para entender a Montaigne cuando dijo: “no andamos; nos arras-

tran”. La vida me arrastró a un libro maravilloso y a ella, a sobreponerse ante un enemigo que la sofocó desde mucho antes de nacer y del que, gracias a su propia fuerza, salió victoriosa. **LPyH**

María de los Ángeles Escobar es estudiante de la licenciatura en Danza Contemporánea y egresada de la maestría en Literatura Mexicana (uv). Acreedora del segundo lugar en el Premio Nacional al Estudiante Universitario (2024), categoría ensayo, y becaria PECDA (2024) Jóvenes Creadores.